

7.5 Conflictividad sociopolítica, tiempo de *impasse* pero también revolucionario

La Gran Recesión produjo al principio un tiempo de *impasse* en la movilización político-social mundial (salvo en China). Pero, desde 2011 irrumpieron con fuerza nuevos y potentes movimientos antisistémicos en muchas zonas del planeta, en especial en casi todo el mundo árabe y en la Europa mediterránea²⁶⁴. En paralelo, al igual que había ocurrido en otros momentos de la historia de la humanidad caracterizados por la escasez de recursos, como el paso de sociedades igualitarias a jerárquicas, los movimientos autoritarios ganaron fuerza²⁶⁵.

Ambas respuestas se han alimentado de un malestar difuso que arranca de la imposibilidad para capas crecientes de vivir dignamente, de las perspectivas de futuro cada vez más sombrías y de la desafección con el sistema político. Este malestar, además de tener expresiones políticas, también se manifestó en estallidos sociales en las periferias urbanas, en suicidios de trabajadores/as (desde India a Francia), en un auge creciente de las religiones y la espiritualidad y, en gran parte, se sublima en escapadas virtuales (allí donde esto es posible).

el cambio climático se dispare. Además, dinamitó las negociaciones multilaterales.

261 El sector internacional aéreo y marítimo representa el 4-8% de las emisiones globales (Cames y col., 2015; Transport and Environment, 2015).

262 En lo único que se avanzó entre París y Marrakech fue en acordar una reducción de los HFC en un 80-85% a mediados de siglo. Los países centrales empezarán a recortar el uso de HFC en 2019, antes que el resto. Mientras, el uso de estos GEI aumenta un 10%/año (Planelles, 2016b).

263 Se plantearon los seguros climáticos como una herramienta clave de “adaptación”.

264 Aunque el aumento de las protestas en el mundo ya se producía desde 2006 (Ortiz y col., 2014).

265 Apartado 3.1.

Como continuación de los movimientos sociales de finales del siglo XX, la mayoría de los del nuevo milenio ven con lejanía los periodos revolucionarios de principios del siglo pasado, pero son todavía una antesala de un nuevo periodo revolucionario que se puede estar fraguando y que eclosionaría conforme avance la Crisis Global.

En cualquier caso, durante esta etapa funcionó todavía la “mayoría silenciosa”, la aceptación por amplios sectores de las “clases medias y bajas” de las políticas neoliberales y los planes de ajuste. Esto, en último término es lo que ha hecho posible que las fuerzas del capitalismo financiero estén imponiendo su voluntad.

Auge de las respuestas autoritarias

En el Centro, en las etapas iniciales de la Crisis Global para el poder todavía han sido más útiles los mecanismos de dominio que no descansasen sobre nuevos fascismos o autoritarismos. El ejemplo más claro son las imposiciones, haciendo uso del yugo de la deuda, de políticas y hasta de dirigentes de los Estados (Italia y Grecia, pero no solo). Esto está contando con la aquiescencia de la socialdemocracia y los partidos conservadores, así como de sus decrecientes bases electorales. Pero estas estrategias están teniendo un recorrido corto. De hecho, ya están haciendo aguas, como evidencia la fuerte caída de la popularidad de los partidos que fueron mayoritarios en el siglo XX. Así, en paralelo ascendieron neofascismos (Grecia, Hungría, Francia, Reino Unido, Alemania) y populismos de corte reaccionario (EEUU).

Estos neofascismos y populismos formarían parte de la “nueva derecha”. Su discurso tiene un fuerte tinte antiinstitucional de carácter reaccionario y antirredistributivo²⁶⁶. Interpelan al miedo y la rabia contra la socialdemocracia y la izquierda para imponer reformas políticas draconianas y luchar contra los movimientos sociales emancipadores. Esto lo hacen elaborando potentes metáforas de carácter mítico (“guerra contra el terror”) y proponiendo un abanico de ideas sencillas que prometen soluciones rápidas y quirúrgicas a problemas complejos. Es por eso que fomentan el discurso polarizador amigo-enemigo, la guerra del “bien contra el mal”. Se buscan chivos expiatorios en grupos sociales vulnerables (migrantes), así como en el Estado. Entre ellos, el mundo árabe-musulmán encarna el perfecto “otro”.

Uno de los principales objetivos por batir para la derecha neoconservadora es el legado del 68. Así, desarrolla un ataque frontal al ecologismo, al feminismo y al pacifismo. Para ello, codifican todos los conflictos como si fuesen morales (y no sociales, ambientales o económicos). En este sentido, destaca su carácter negacionista de todo lo relativo a la crisis ambiental, que se convierte en una seña de identidad “neocon”²⁶⁷. Y es más, cuestiona la razón ilustrada y la propia ciencia cuando estas desvelan los desequilibrios ambientales. Por otro lado, los valores neoconservadores

266 Esto es claro frente a la población migrante, pero no tanto respecto a la “nacional”, que en algunas de las opciones (FN francés) sí sería objeto de atención prioritaria del Estado, mientras en otras (Tea Party) no, pues el Estado debería desdibujarse más aún.

267 Una de las primeras cosas que hizo la Administración Bush fue no ratificar el Protocolo de Kioto. Trump hizo lo mismo con el “Acuerdo” de París.

inciden de forma importante en el ámbito privado para reconfigurarlo de nuevo bajo lógicas patriarcales. Como hemos venido sosteniendo, mantener y reforzar las relaciones de dominación en los espacios íntimos es clave para sustentar relaciones de poder más amplias²⁶⁸. Así, se impulsa la familia tradicional, el papel de las mujeres en el hogar, la lucha contra el aborto, la moral conservadora y el fundamentalismo religioso. La descalificación del pacifismo se articula por el planteamiento de la resolución de los conflictos de forma violenta como única vía posible y por la justificación de un Estado centrado en la seguridad. La disciplina y la mano dura son sus herramientas predilectas, en las cuales se intenta que la ciudadanía se involucre cada vez más.

Alrededor de esta “nueva derecha” se aglutina el empresariado (que la financia y pone a su servicio sus medios de comunicación²⁶⁹), el integrismo cristiano y las “clases medias y medias-bajas” asalariadas que ven peligrar su estatus. Una coalición parecida a la que se había forjado en el auge del fascismo en la anterior etapa de caos sistémico²⁷⁰. Solo que ahora la capacidad tecnológica disponible hace que estas ideas consigan un poder destructor mucho mayor.

Pero el proyecto neoconservador, además de responder a los intereses de unas minorías, también se construye a partir de la fragilidad del movimiento obrero y de los movimientos sociales. Nace de los huecos que estos dejan, sobre todo la izquierda más institucionalizada, incapaz de dar respuestas al capitalismo global.

Todo esto, además de en el Centro, sucede en las Semiperiferias²⁷¹ en forma de fundamentalismos y nacionalismos (con los filtros culturales y políticos propios de cada lugar) y no tanto en las Periferias.

Los movimientos sociales desde el “no a la guerra” a la indignación global

Habíamos dejado la historia de los movimientos sociales con la desactivación y reconfiguración del movimiento antiglobalización²⁷². Este pequeño parón hay que situarlo dentro de un ciclo largo, que había empezado en la década de 1980 con las primeras respuestas fuertes a las políticas neoliberales y que incluye luchas contra la deuda externa en las Periferias, el movimiento antiglobalización, la Primavera Árabe o la indignación global. Dentro de este periodo, se observa una creciente capacidad de respuesta y una bajada de la actividad decreciente después de cada pico de movilizaciones. Este ciclo tiene características distintivas respecto al movimiento obrero y, en menor medida, a los movimientos que eclosionan alrededor de 1968. En primer lugar, todas son respuestas frente a las políticas de desposesión.

A la vez, la forma en que se expresan estas luchas es distinta en cada territorio, pues está condicionada por los impactos del neoliberalismo y la Gran Recesión, las políticas

268 Entre otros sitios, en el apartado 3.5.

269 Un ejemplo paradigmático es la cadena Fox.

270 Apartado 5.8.

271 El ejemplo de la Rusia de Putin puede ser el más destacado.

272 Apartado 6.12.

estatales, la demografía, las peculiaridades socioculturales, la disponibilidad de recursos o el papel diferencial de los distintos espacios dentro del sistema-mundo. Es decir, estos movimientos son a un tiempo locales, con especificidades que respondían a dinámicas territoriales, pero interrelacionados e interdependientes internacionalmente.

No a la guerra

La guerra contra Irak desató una enorme oposición ciudadana internacional, que se concretó en la mayor movilización social mundial ocurrida hasta la fecha: el 15 de febrero de 2003²⁷³. A estas manifestaciones, contribuyó sin duda el movimiento antiglobalización previo. Uno de los lemas más repetidos fue “no más sangre por petróleo”, que ya había surgido en las respuestas contra la I Guerra del Golfo (1991) en EEUU. La movilización no logró parar el ataque, pero supuso un rechazo formidable a la deriva militarista y neoimperialista de EEUU, contribuyendo a la quiebra de su imagen en el mundo y al fracaso del “Nuevo Siglo Americano”.

Institucionalización de las luchas en América Latina

Casi tres décadas después del “Caracazo” (1989), que puso en marcha el proceso bolivariano y algo menos del “ya basta” zapatista (1994), parece evidente que esta etapa de los movimientos sociales ha llegado a su fin en América Latina. El punto de inflexión ha sido la toma del poder estatal, que ha conllevado reformas de gran calado con nuevos poderes constituyentes (Venezuela, Bolivia, Ecuador), o menos profundas (Brasil, Argentina), en todos los casos alrededor de figuras carismáticas. La fuerte ola de resistencia y transformación ha sido en gran parte reconducida por nuevas articulaciones entre movimientos sociales, fuerzas políticas, Gobiernos progresistas y parte de las antiguas oligarquías. En muchas ocasiones, los movimientos se han transmutado en organizaciones jerarquizadas y cooptadas sometidas a los Gobiernos. En ello fueron claves las políticas sociales, en bastantes casos buscando la generación de clientelismo, en los lugares donde más fuertes habían sido las contestaciones. De este modo, los nuevos Gobiernos de América Latina, en lugar de reprimir a los movimientos sociales, se apoyan en ellos para gobernar, lo que implica una cierta dispersión del poder hacia abajo y redistribución de la riqueza. Indudablemente, esto ha supuesto una victoria, pero una victoria parcial que, además, ha desarticulado gran parte de la contestación social.

Pero, probablemente la razón de fondo de la desactivación de las organizaciones sociales esté siendo que la mayoría de la población empobrecida, el sector que constituye la base social de los movimientos antisistémicos, está optando por mejorar su vida dentro del mercado capitalista con apoyo del Estado, es decir, con trabajo asalariado y políticas sociales. Y no mediante su organización para luchar, como había sucedido hasta ahora (Zibechi, 2012a). Un proceso que ya vimos en el movimiento obrero²⁷⁴.

273 Las marchas más importantes tuvieron lugar en los países con Gobiernos favorables a la guerra: Roma (3.000.000), Londres (2.000.000), Madrid (1.000.000), Barcelona (500.000) y 150 ciudades estadounidenses (Vivas, 2013). En total, 12-13 millones de manifestantes (Toussaint, 2012a).

274 Apartado 6.12.

Machado y Zibechi (2016) sostienen que entre los Gobiernos progresistas latinoamericanos hay elementos comunes: i) fortalecimiento de los Estados (sin cambios de fondo), ii) aplicación de políticas sociales²⁷⁵, iii) extractivismo como base de la economía (reprimarización de la economía) y iv) realización de grandes obras de infraestructura. Han sido las rentas del extractivismo (mientras duraron) las que han permitido todo lo demás, como el petróleo abundante y barato posibilitó los “Treinta Gloriosos” y la construcción del “Estado del Bienestar”²⁷⁶. Y ese extractivismo se ha basado en grandes empresas capitalistas fuertemente predatoras del medio y de las personas. Realmente, esta apuesta ha reforzado la posición supeditada de la región en la “regla del notario”²⁷⁷.

En respuesta, han ido naciendo nuevos movimientos sociales (muchas veces no tan nuevos). Forman la parte más importante de las movilizaciones antidesarrollistas que veremos un poco más adelante. Estas articulaciones, y no los Gobiernos progresistas, han protagonizado las resistencias más fuertes a la lógica del capitalismo global en estos territorios. De este modo, las luchas sociales han seguido teniendo fuerza en la región y han sido capaces de construir fuertes alternativas²⁷⁸. Además, las fuerzas conservadoras también han aglutinado notables respuestas contra los nuevos poderes constituidos (Bolivia, Venezuela, Argentina).

Primavera Árabe

La Primavera Árabe que se inició en 2010 supuso agitaciones políticas en 18 de los 22 países árabes. Cuajó en cambios de Gobierno poco cruentos (Egipto²⁷⁹, Túnez) o tras una guerra civil (Libia), arrancó sustanciales concesiones al Gobierno (Marruecos, Jordania), sufrió una fuerte represión (Omán, Baréin²⁸⁰), o degeneró en un enfrentamiento armado (Siria, Yemen).

Contra todo lo esperado (desde el Centro), el mundo árabe estalló en una imprecionante revuelta donde un eje director fue el anhelo de libertad, de ruptura de los regímenes autoritarios y corruptos. Unos regímenes que, salvo en el caso de Siria, eran aliados del Centro y habían procedido a una integración más o menos profunda en la globalización capitalista. Donde no se esperaba más que fanatismo religioso y terrorismo²⁸¹, las poblaciones se alzaron para conseguir democracia y dignidad.

275 En muchos casos, estas significaron la entrada en el mercado de millones de personas al ser políticas más basadas en dar bienes (propiedad de la tierra) o dinero (bolsa familia), que servicios. Este es uno de los factores que explican que los beneficios de la banca aumentasen más con los Gobiernos de Lula (2003-2011) que en los de Cardoso (1995-2003) (Machado y Zibechi, 2016).

276 Apartado 6.2.

277 Apartado 4.5.

278 Por ejemplo, a principios de la década de 2010 en Colombia el 25% de la población era atendida por cooperativas de salud, en Brasil había 22.000 empresas de economía solidaria donde trabajaban 500.000 personas y en Argentina existían unas 200 empresas recuperadas (García Jané, 2012a).

279 Hasta el golpe de Estado contra los Hermanos Musulmanes de 2013, que trajo consigo cientos de personas asesinadas.

280 En estos lugares ha sido muy significativo el papel de Arabia Saudí, enviando tropas con la aquiescencia de EEUU para controlar las protestas en una región altamente sensible.

281 El terrorismo se ha visto fuertemente cuestionado en gran parte del mundo. Incluso en el que tiene cierta legitimidad social, no tiene la fuerza suficiente. Así, el yihadismo posee apoyos sociales minoritarios en todos los Estados mayoritariamente musulmanes (Gervasoni i Vila, 2016).

Pero detrás de las movilizaciones no estuvo solo la lucha contra el despotismo. La Primavera Árabe se produjo en un entorno de: i) progresivo encarecimiento del precio de los alimentos (figura 7.8) en una región que importa 1/2 de los que consume; ii) baja cantidad de hectáreas fértiles con agua por habitante; iii) demografía en fuerte alza (amplia población y, además, joven); iv) sociedades muy desiguales; y v) crisis económica. Todo ello con el telón de fondo del despliegue del neoliberalismo en la región. En este contexto, el petróleo probablemente ha desempeñado un papel más importante del que parece. Egipto, Siria y Yemen tienen un patrón de extracción y consumo petrolero similar: en 2011 se igualaron las exportaciones con las importaciones. Esto también redundó en un alza del precio de los alimentos debido a la petrodependencia de su agricultura. El cambio climático también ha contribuido a aumentar la tensión social: entre 2006 y 2011, Siria experimentó “la mayor sequía y las peores cosechas desde el comienzo de la civilización agraria en el Creciente Fértil” (Romm, 2013).

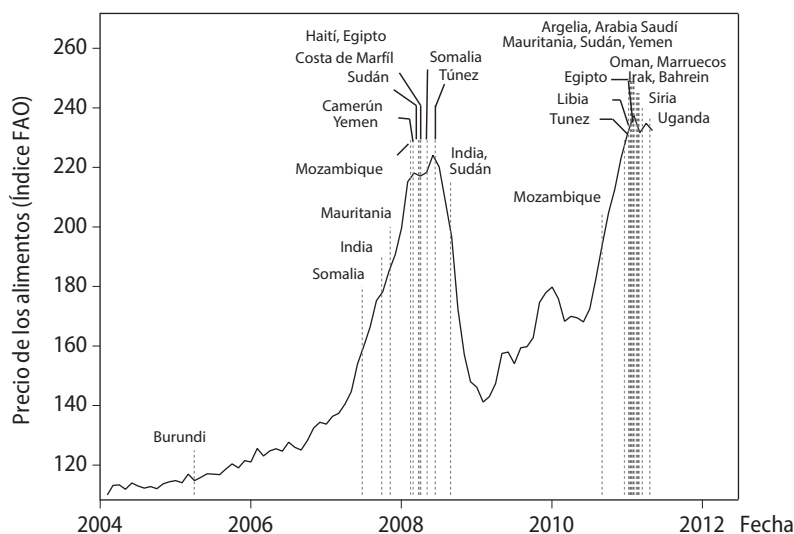


Figura 7.8 Índice del precio de los alimentos a nivel internacional de la FAO y revueltas en distintos países (Laji y col., 2011).

Por lo tanto, esta es una rebelión que se produjo en un contexto de recursos limitados en uno de los territorios más resistentes a la Modernidad, y las opciones que impulsó no optaron por más autoritarismo, sino por todo lo contrario, dentro de su diversidad.

Al igual que analizaremos con el movimiento de indignación global, las movilizaciones fueron sin banderas ni siglas, en formatos abiertos que permitieron la agregación de mucha gente diversa. No fueron ni puestas en marcha ni gestionadas directa e inmediatamente por ninguna fuerza política de la izquierda²⁸², ni del islam político. En definitiva, tuvieron una identidad abierta y no cerrada. Pero la evolución fue de los procesos autoorganizados a las organizaciones, con la consiguiente

²⁸² En todo caso, el movimiento obrero, en algunos casos anticapitalista (Túnez, Egipto), tuvo un papel relevante.

pérdida de frescura, cierre identidades y, posiblemente, mayor capacidad. Así, las movilizaciones conllevaron en un primer momento la toma del poder del islam político (Túnez, Egipto) o que fuese un actor fundamental (Libia, Siria), no en vano era el movimiento más y mejor organizado, y el mayoritario²⁸³.

La población joven, excluida de los centros de poder y las instituciones, nutrió primero la insurgencia islamista y luego fue la protagonista del descontento popular de la Primavera Árabe. En los países del Golfo, esa clase “autóctona” no existe, pues la población marginada y explotada es la extranjera. Dentro de la amplia amalgama que se movilizó, el papel de las mujeres fue importante y la reivindicación de sus derechos no fue menor (Giraldo, 2012).

Aunque las nuevas tecnologías de la comunicación cumplieron un papel difusor y organizador, este fue mucho menor que el boca a boca y las reuniones en las mezquitas, de donde salían los “viernes de la ira”. Además, la penetración social en esta región de las TIC es limitada (Almeyra, 2012; Antebi y Sánchez, 2012). “Internet se ha convertido en un arma formidable no para sacar a la gente a la calle, sino cuando la gente ha salido” (Rendueles, 2013).

Pero, en la mayoría de las ocasiones las antiguas élites no fueron barridas, sino que quedaron agazapadas con mecanismos de poder en sus manos. De este modo, en una segunda fase, cuyo ejemplo paradigmático es Egipto y la excepción relativa Túnez, fueron capaces de recomponerse y de articular nuevas (o no tan nuevas) dictaduras. En paralelo, creció el islamismo fundamentalista como “enmienda a la totalidad en un mundo jerárquico y excluyente en el que no hay alternativas políticas” (Alba, 2016).

En todos los casos, salvo Siria, EEUU y la UE se han encontrado que la rebelión era contra regímenes aliados. Por ello, ha intentado ganar posiciones con las coaliciones emergentes y conseguir Gobiernos estables, pero que le siguiesen manteniendo abierto el grifo del petróleo. Por ejemplo, en Libia, con la intervención de la OTAN; y en Egipto, con el apoyo explícito al golpe de Estado del ejército (aliado estratégico de EEUU desde hace años) contra los Hermanos Musulmanes. Pero “ni Washington hizo las revoluciones ni Washington [hizo] las contrarrevoluciones” (Alba, 2013), sino que tuvo que maniobrar con dificultad.

El movimiento indignado

Tras la Primavera Árabe, ha venido un movimiento de indignación que se ha extendido por todo el mundo. Aunque ha respondido a lógicas propias en cada territorio, ha tenido una clara realimentación e influencia entre unos estallidos y otros. La evolución ha sido constante e impredecible, como muestran los estallidos sociales en Grecia (huelgas y movilizaciones, 2010-2012), España (15-M, 2011), EEUU (Occupy, 2011), Senegal (Y'en a marre, iya basta!, 2011), México (YoSoy132, 2012), Turquía (Parque Gezi, 2013), Brasil (Passe Livre, 2013), Bosnia-Herzegovina (2014), Hong Kong (Occupy Central, 2014) o Francia (Nuit debout, 2016). Este ciclo ha sufrido momentos de evolución y de reflujo²⁸⁴.

283 En la mayoría de los casos a través de los Hermanos Musulmanes u organizaciones afines.

284 Por ejemplo, la vuelta atrás en Islandia con el retorno al poder del partido conservador y el fracaso del proceso constituyente participativo que se había iniciado.

Vamos a repasar este movimiento centrándonos en el caso español por ser uno de sus focos principales, aunque haremos referencias a otros. Cuando hablamos del movimiento de indignación español, consideramos que se pueden englobar dentro de parámetros comunes (aunque con diferencias) las asambleas del 15-M, las movilizaciones del 25-S (2012) o 22-M (2014), las distintas mareas (especialmente la verde y la blanca) o la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH). También abordaremos su evolución posterior, en una segunda etapa, en forma de iniciativas electorales como las CUP y, sobre todo, las candidaturas municipalistas y Podemos. En menor medida, el movimiento también mutó en esta segunda fase hacia la creación de nuevas instituciones, de alternativas.

En la primera etapa, la de la movilización social, la ola de indignación significó un cambio cualitativo en la Gran Recesión. Frente a la falta previa de respuestas sociales, estas aparecieron con nuevos formatos y con una fuerza considerable. Aunque esta fuerza no fue capaz de quebrar la imposición de políticas por parte de los grandes tenedores de capital, sí ahondó en su descrédito y en el de la clase dirigente. También marcó en gran parte la agenda política desde posiciones emancipadoras, lo que hizo que no surgiesen opciones abiertamente fascistas o fuesen claramente minoritarias. Además, permitió avanzar el desgobierno en la Periferia europea. Y, lo que probablemente es más importante, cambió el imaginario colectivo proyectando un “sí se puede” que supuso una politización importante de amplios sectores y su autoorganización. Generó un “clima social”, más que una estructura²⁸⁵. No consiguió mucho poder, pero sí mucha fuerza, definiendo “lo digno y lo indigno, lo posible y lo imposible, lo visible y lo invisible” (Fernández Savater, 2013). En todo caso, las inercias todavía fueron fuertes y una mayoría social siguió agarrándose a una quimérica vuelta al pasado del “pelotazo urbanístico” a costa de cualquier sacrificio presente.

La movilización surgió por imitación a distintos fenómenos que se estaban produciendo en el mundo (Primavera Árabe, “no” islandés al pago de la deuda, huelgas griegas, 15-M madrileño), consiguiendo que la respuesta, al igual que el desafío, fuese también global. Esta globalización de la lucha, si se incluye la Primavera Árabe, alcanzó una amplitud mayor que la que consiguió el movimiento antiglobalización. Sin embargo, la articulación de los procesos locales a nivel global fue casi inexistente, salvo el éxito de algunos días de movilización internacionales. El movimiento indignado siguió la trayectoria descendente de coordinación global de las luchas que se había producido desde el movimiento obrero: ya no hay Internacionales y el Foro Social Mundial está bastante desdibujado.

La denominación del movimiento hace referencia a un elemento fundamental en su desarrollo: las emociones y, en concreto, la indignación, hermana de la rabia. No hay movilización social de masas sin la inclusión de fuertes emociones. Por eso, su nacimiento fue explosivo, al ser impulsado por las tripas más que por la razón. Pero, a la vez, este ritmo fue imposible de mantener y el movimiento fue perdiendo

285 La PAH ha detenido desahucios no por el número de personas que ha movilizado sino, fundamentalmente, porque los ha deslegitimado. Lo que antes era la normalidad social ha dejado de serlo.

fuelle y mutando. Otro de los factores claves en su eclosión fue el uso de los símbolos (la Puerta del Sol, la asamblea, los signos con las manos, los plantones frente a los desahucios). Las herramientas se convirtieron en símbolos que se proyectaron como mensajes a toda la sociedad y se usaron como elementos de cohesión interna creando un “nosotras/os” inclusivo. Un tercer elemento fue que, aunque el movimiento no consiguió grandes éxitos, sí alcanzó pequeñas victorias (paralización de desahucios, organización de huertos barriales, sostenimiento de asambleas frente al acoso policial) que supo reconocer y valorar como tales. Esto le dio fuerza.

La revuelta no estuvo liderada por los movimientos sociales previos. En gran medida fue un proceso de autoorganización espontáneo. Pero eso no quiere decir que surgiese de la nada, sino que recogió el trabajo realizado durante muchos años por distintos colectivos. Por ejemplo, el 15-M supuso una sedimentación de prácticas y discursos del movimiento antiglobalización (discurso en red, foros y asambleas, *reclaim the streets*, acciones directas noviolentas), las luchas contra los controles a la información (ciberactivismo, ágoras virtuales) o contra la especulación urbanística y el derecho a la vivienda. El movimiento no solo recogió el trabajo pasado, sino que estuvo alimentado por la experiencia y el empuje de muchas/os activistas veteranas/os desde un principio y por la presencia de organizaciones después²⁸⁶.

Pero que este movimiento bebiese y se nutriese de los movimientos sociales previos subrayamos que no elimina que los haya renovado en elementos fundamentales. El primero de ellos es que se atrevió a hacer cosas antes inimaginables, mostrando un atinado olfato político (acampar en las plazas centrales de las ciudades durante semanas, asediar el Congreso).

Otra diferencia, que es una característica fundamental del movimiento indignado, ha sido la búsqueda de identidades abiertas o de lógicas de “cambiar con”, como dirían Fernández Casadevante y García Pedraza (2016), mediante: i) La recuperación de los espacios públicos para la política (la plaza y la red), en los que todo el mundo puede participar con facilidad. Así, el espacio de las luchas, como ya se venía produciendo, se siguió desplazando desde el trabajo a los lugares de convivencia. ii) La articulación a través de temas cercanos y significativos para la población (falsa democracia, vivienda, sanidad, educación). iii) No partió de un discurso articulado y, cuando lo fue sedimentando, tendió a la agregación de narrativas más que a la exclusión. iv) Se tuvo mucho cuidado al principio en evitar la presencia de banderas y siglas de organizaciones. v) El sujeto indignado es anónimo, puede ser cualquiera. Esto se consiguió, entre otras cosas, evitando la aparición de personajes públicos (salvo excepciones). Esta identidad abierta también fue consecuencia de la desarticulación del imaginario de la clase trabajadora que empezó tras la II Guerra Mundial²⁸⁷.

De este modo, el movimiento, por su carácter abierto, más que un espacio cohesionado fue un espacio catalizador de procesos (Calle, 2012). Esto permitió su rápida mutación en distintas luchas. En todo caso, esta falta de cohesión también encaja con sociedades individualistas y hedonistas. Otra de las consecuencias

286 Un ejemplo a nivel internacional fue el Foro Social Mundial de Túnez de 2013, donde confluyeron el movimiento indignado y quienes venían del movimiento antiglobalización.

287 Apartado 6.12.

de esta identidad abierta fue que permitió un rápido proceso de politización de decenas de miles de personas o, si hacemos caso a las encuestas sobre la simpatía social de este movimiento y la participación en alguna actividad de él, de millones (Lobera, 2012). Un proceso de politización que, entre la gente más implicada, fue en general de radicalización.

Sin embargo, el hecho de que la identidad fuese abierta no impidió que hubiese un cierto perfil de sujeto político. Aunque el 15-M tuvo un componente intergeneracional, los sectores juveniles fueron mayoritarios. La población migrante participó sobre todo en las movilizaciones alrededor de la PAH, pero casi nada en el resto. Las personas desempleadas no jóvenes estuvieron ausentes.

Conforme las luchas fueron evolucionando, la identidad se fue cristalizando más. En parte como consecuencia del enfrentamiento con los distintos poderes, en parte porque se fueron consensuando discursos y métodos, y en parte porque las instituciones y capitales, a través de los medios de comunicación, trabajaron activamente para dotar de una identidad cerrada al movimiento con el fin de enfrentarlo mejor.

Si la primera característica del movimiento fue su identidad abierta, la segunda fueron sus dos hilos conductores: la petición de una democracia real que parte de una “hipersensibilidad frente al poder” (Calle, 2013) y la búsqueda de una mayor justicia social. En este sentido, fue sucesor del movimiento antiglobalización. Además, fue un movimiento que no buscó satisfacer intereses concretos o sectoriales, sino que primó la transversalidad.

Fruto de este anhelo de profundización democrática, la organización fue en asambleas. Estas se articularon entre sí de forma que el centro no tuvo una ubicación clara y, en todo caso, fue cambiante. No hubo ninguna organización que dirigiese el movimiento ni existió ningún ámbito real de coordinación internacional, estatal ni, en muchos casos, tan siquiera metropolitano. Es más, se produjo una cierta resistencia a formar organizaciones que delegaran protagonismo individual en el colectivo. El formato fue como las luchas *hacktivistas* en internet: se lanzaban propuestas y estas tenían tanto eco como resonaban en los nodos. Así, a veces se produjo una agregación que no sumaba, es más, que dispersaba fuerzas, pero otras se generaron potentes sinergias²⁸⁸. Esto no quiere decir que no hubiese distintos liderazgos de personas y colectivos, sino que fueron abiertos y rotatorios. En todo caso, a pesar de un rapidísimo aprendizaje del funcionamiento horizontal, en muchas ocasiones la asamblea se convirtió en autorreferente. Las discusiones se centraron en el método interno descuidando la acción exterior, lo que produjo sensación de inoperatividad y hastío. Una sensación fácil de alcanzar en una sociedad acostumbrada a la velocidad y a la falta de compromiso con los procesos colectivos.

Las redes sociales ayudaron a la movilización y la coordinación, haciendo que las asambleas fueran físicas y virtuales. Uno de los éxitos del 15-M fue la capacidad de las redes sociales para suplantar los espacios de socialización que se habían ido

288 Por ejemplo, la convocatoria que partió de Madrid del 15-O (2011) fue la movilización mundial más importante desde el no a la guerra del 15 de febrero de 2003 (Antentas y Vivas, 2012) o el 22-M de 2014 fue una de las mayores movilizaciones de la historia madrileña, mientras otras propuestas (Agora 99) fueron minoritarias.

perdiendo, como las calles y los lugares de trabajo (Calle y Candón, 2012). En todo caso, el epicentro fue el encuentro físico. No fueron las redes sociales las que explican las movilizaciones. Más allá de espacio de encuentro, las redes también fueron determinantes como medio de comunicación que contrarrestó a los *mass media*, que por otra parte también amplificaron las movilizaciones al cubrirlas, como ya había pasado con el movimiento antiglobalización²⁸⁹.

Esta estructura organizativa situó el marco de juego fuera del campo en el que se movían las estructuras de poder, que tuvieron difícil la interlocución, la cooptación y la represión del movimiento. También quedaron descolocadas las organizaciones de la izquierda más tradicional, que se vieron rechazadas. En general, como ya apuntamos al final del siglo XX, los colectivos cedieron centralidad frente a la articulación directa de la ciudadanía. Con ello, se perdió memoria y capacidad de sostener las luchas, pero se ganó en democracia y permeabilidad social.

Dentro de esta crisis de organizaciones, las que más han seguido profundizando en su caída fueron los partidos políticos y los sindicatos. El 15-M, continuando la estela del movimiento antiglobalización y de los que nacieron al calor del 68, puso en cuestión la organización única²⁹⁰. Además, estas instituciones siguieron perdiendo credibilidad por los nuevos contextos. El sindicalismo, por ser incapaz de defender al creciente número de autónomos/as y precarios/as en un contexto de fin del paradigma del pacto capital-trabajo. Los partidos, por estar encorsetados en Estados con poco poder ante los grandes capitales internacionales. Las ONG, por centrar su actividad en interlocutar con instituciones con cada vez menos fuerza y por la aparición de nuevos sujetos que cubrían sus funciones. Así, la PAH no es una ONG, pero realiza algunas de sus funciones básicas (incidencia, ayuda a las personas más vulnerables) sumando otras como la resistencia activa (*scraches*, *okupación* de espacios) (Subirats, 2015).

La tercera característica que destacamos del movimiento, y que es consecuencia de las dos anteriores (identidades abiertas e hipersensibilidad frente al poder), es que, al igual que apuntamos en el movimiento antiglobalización, triunfó la política del “y” frente a la del “o”. Esto implicó agregación de discursos, de identidades, de ideologías y la capacidad de construir a partir de la cooperación y la inteligencia colectiva (Calle, 2013). En todo caso, una parte importante del discurso planteó una imposible vuelta al “Estado del Bienestar”. Además, el movimiento indignado tuvo mucha más capacidad de articulación y movilización, en general, en los temas concretos y cercanos, que en los más globales, como la crisis ambiental. Esto supuso una debilidad en un marco de Crisis Global como el actual.

Un cuarto elemento definitorio fue el uso de la desobediencia no violenta con profusión²⁹¹. Esto fue gracias a su control del miedo trabajando desde la unión en la diversidad. Pero la desobediencia no se usó en solitario, sino que se articuló con incidencia política, denuncias judiciales, movilizaciones masivas, etc., consiguiendo

289 Apartado 6.12.

290 Apartado 6.12.

291 En todo caso, con el paso del tiempo algunos sectores minoritarios empezaron a usar la violencia. Esto pudo ser un indicador del paso de la indignación a la frustración.

un amplio repertorio de acciones con distintos/as destinatarios/as y a las que se pudiesen sumar distintas personas.

Finalmente, la evolución del movimiento configuró otro rasgo identitario: la plasmación de que lo personal es político. Esto lo consiguió a través del trabajo de problemas concretos que politizó (por ejemplo, las hipotecas), el acompañamiento en el sufrimiento de las personas (como es el caso de los desahucios) (Herrero, 2013) o la creación de economías no capitalistas (grupos de consumo, redes de trueque, huertos comunitarios).

Pero, desde finales de 2013, ante la fuerza de los recortes sociales, la urgencia de encontrar respuestas y la inevitable lentitud de los procesos colectivos (a lo que contribuyeron errores internos, y la valoración social de la inmediatez y el hedonismo), la mayoría del movimiento indignado apostó por la formación de nuevos partidos o de candidaturas municipalistas. Se abrió así una segunda fase. Al igual que ocurrió en América Latina, llegó un momento en que se consideró la toma de las instituciones como imprescindible, es más, como la estrategia central. Esto desvirtuó parte de la esencia inicial del movimiento: se primaron los resultados frente al proceso, la toma de decisiones sobre la deliberación, la jerarquía en vez de la horizontalidad, los temas más populares por encima de los más incómodos socialmente, los personajes mediáticos en lugar de la rotación de portavocías. También hubo elementos que se mantuvieron, como la búsqueda de confluencias amplias con distintos sectores sociales y unos grados de democracia y transparencia mucho mayores que los de los partidos tradicionales (aunque fueron mermando de forma muy rápida, como ejemplifican Podemos o Syriza).

Las dos fases del movimiento parecieron darse la espalda a nivel estratégico. Mientras la primera primó la movilización social de espaldas a las instituciones, es más, en un terreno de juego en el que el poder tuvo difícil intervenir; la segunda consideró que el cambio pasa irremisiblemente por ellas y por sus medios (política espectáculo, construcción de hegemonía, cortoplacismo, efectismo, jerarquías).

En todo caso, en el asalto institucional una parte considerable del movimiento centró sus fuerzas en el municipalismo, que obtuvo notables éxitos en España²⁹², pero no solo²⁹³. Sus lógicas y prácticas fueron más parecidas a las del inicio del movimiento, que las de las articulaciones hacia alcanzar poderes estatales.

En la segunda fase, una parte minoritaria y menos visible del movimiento ha tornado sus energías hacia la construcción y reforzamiento de nuevas instituciones, de alternativas. Así, ha crecido la red de grupos de consumo o de huertos urbanos, pero también se han dado saltos de escala, como distintos mercados sociales²⁹⁴. Se podría decir que, impulsada por el desmontaje del Estado social, la precarización

292 Consiguió el Gobierno de muchas de las principales ciudades, entre ellas Madrid y Barcelona. En este grupo también entrarían las CUP.

293 Kurdistán sirio, Hong Kong, Italia, EEUU, Chile, Brasil o Polonia (Baraid, 2017).

294 En la década de 2010, en Japón los grupos de consumo ecológico Seikatsu (Gente viva), iniciados por amas de casa a mediados de la década de 1960, integraban unas 200.000 familias; en Reino Unido operaba la mayor cooperativa de consumo europea (The Cooperative Group), con 4,5 millones de personas asociadas; había unas 4.000 monedas sociales en el mundo cuyo número aumentaba; o existían unas 700.000 cooperativas repartidas por más de 80 países (García Jané, 2012a, 2012b), 2.500 en el ámbito energético (Riutort, 2016).

social y el ciclo indignado, se ha empezado a desarrollar una tercera ola de la economía social en el Centro²⁹⁵. Junto a este auge, también ha crecido la economía popular en lo que se ha denominado “economía colaborativa”²⁹⁶. Su característica principal es la relación directa, sin intermediación, entre producción (articulada por autónomos/as coordinados/as por una plataforma web) y consumo sorteando las regulaciones estatales. Pero la economía social, y especialmente la colaborativa, adolecen de elementos básicos para trascender el capitalismo (González Reyes, 2017b).

Al menos en las regiones centrales, esta es la base que, con todas sus variables temporales y espaciales (no es lo mismo lo que se articula en Grecia que en España o EEUU), tendrá que afrontar la crisis civilizatoria actual. Desde esa perspectiva, el movimiento indignado está planteando medidas de transición que pasan por reformas del sistema parlamentario y economías basadas en lo productivo más que en lo financiero. A la vez, aborda cada vez más un discurso holístico que engloba los distintos aspectos de la Crisis Global y es capaz de proyectar la mirada hacia nuevos satisfactores de las necesidades sociales que trasciendan el capitalismo y respondan a la Crisis Global, que formaliza en experiencias concretas. Pero, a pesar de estas propuestas, en general también sufre la desorientación que impregna a todo el conjunto de la sociedad. Una desorientación causada por la velocidad de los acontecimientos, la dificultad de entender y gobernar procesos cada vez más complejos, y de moverse en un entorno de crisis civilizatoria.

¿La tercera ola del feminismo?

La década de 2010, sobre todo hacia su final, vivió un repunte mundial, pero especialmente en Europa y América, de la movilización feminista. Un repunte que giró alrededor de la lucha contra las violencias machistas, por el derecho al aborto, contra la brecha salarial y por la visibilización, valoración y reparto de las tareas de cuidados de la vida. La movilización alcanzó cifras y acciones²⁹⁷ inéditas.

Luchas antidesarrollistas

Nos detenemos brevemente en las luchas antidesarrollistas, pero no lo hacemos por su fuerza, que es indudablemente menor que la de los movimientos que hemos referido (luchas laborales chinas, antiguerra, movimientos sociales y políticos latinoamericanos, Primavera Árabe y movimiento indignado), sino por su probable importancia en el futuro conforme los límites de acceso a recursos, que están en la raíz de esta Crisis Global, se vayan haciendo cada vez más patentes. Este es el conflicto principal que estos movimientos están afrontando desde una perspectiva de justicia social y ambiental. Estas luchas provinieron de espacios que no llegaron a ser modernos (sociedades indígenas y campesinas de las Periferias) y de otros que podrían ser calificados como transmodernos (en el Centro).

En las regiones centrales, los movimientos en torno a la justicia ambiental y climática, el decrecimiento (en Europa Occidental, más teórico y anticapitalista) y las

295 Apartados 5.8 y 6.12.

296 Experiencias como Uber y Aribnb son dos exponentes.

297 Destacó la huelga general feminista el 8 de marzo de 2018 en España, aunque se convocaron paros en otros 39 países.

ciudades en transición²⁹⁸ (en el mundo anglosajón, más práctico e interclasista) están logrando mantener luchas puntuales contra la lógica del capital, pero no arrastran mayorías sociales. Cuando consiguen éxitos, en parte es porque se unen a sectores con un componente NIMBY (no en mi patio trasero, por sus siglas en inglés)²⁹⁹.

Estas resistencias no son exclusivas de las regiones centrales. De hecho, las nuevas prospecciones y extracciones de crudo en distintas partes del mundo están provocando un creciente rechazo social, pues afectan a muchos territorios poco modernizados, y en ocasiones casi vírgenes, habitados por comunidades campesinas e indígenas. Esta es principalmente la situación en América Latina³⁰⁰, pero también en África (Nigeria), Asia (Bangladés, India, Filipinas). En América Latina, estas resistencias se pueden englobar en un paquete más amplio de lucha contra el neoextractivismo (minería y agronegocio) y contra la enajenación de bienes comunes (agua, tierra, biodiversidad). Esto está siendo más que una sucesión de conflictos locales y adquiere un cariz continental, en cada vez más casos bajo el paraguas común del “buen vivir”, *sumak kawsay*³⁰¹, es decir, con un discurso articulado más allá de la respuesta a agresiones concretas que bebe de fuentes indígenas, ecologistas y antiglobalizadoras (Le Quang, 2017). Además, están aglutinando fuerza suficiente para cosechar éxitos³⁰² y construir alternativas³⁰³. En esta lucha, los Gobiernos que

-
- 298 Hay tres movimientos en paralelo: Ciudades en Transición (*Transition Towns*), Ciudades Poscarbono (*Postcarbon Cities*) y ecoaldeas. En septiembre de 2014, 477 ciudades de todo el mundo se habían declarado en transición y miles más tenían proyectos en marcha, aunque la mayoría están en Reino Unido y EEUU (Santiago, 2016). En todo caso, en muchas ocasiones la iniciativa se parece más a una declaración de intenciones que a una realidad. En 2017, la red mundial de ecoaldeas englobaba a unas 10.000 (Escorihuela, 2017).
- 299 Son especialmente reseñables las europeas contra la fractura hidráulica (Francia, Bulgaria, España, Reino Unido), que están cosechando notables éxitos, las americanas contra el oleoducto Canadá-EEUU para exportar crudo de arenas bituminosas y la fractura hidráulica; o las australianas también contra este último método extractivo.
- 300 Las actividades antiextractivistas más intensas se encuentran en Perú y Ecuador, seguidos por Bolivia. En una situación intermedia, se ubican Argentina, Uruguay y Colombia (Gudynas, 2013; Roy y Martínez Alier, 2017).
- 301 “El buen vivir puede ser caracterizado (...) por su postura crítica a la ideología del progreso y su expresión en el desarrollo contemporáneo como crecimiento económico, intensa apropiación de la naturaleza y sus mediaciones materiales. A su vez, el buen vivir defiende asegurar la calidad de vida de las personas, en un sentido ampliado más allá de lo material (incorporando el bienestar espiritual) y más allá de lo individual (en un sentido comunitario), y también del antropocentrismo (extendiéndose a la naturaleza). Bajo el buen vivir se reconocen los valores propios en la naturaleza, y por lo tanto el deber de mantener su integridad” (Gudynas, 2012).
- 302 Ley que prohíbe la minería en Costa Rica; fracaso de la modificación de la Ley Minera en Panamá; negativa a otorgar una indemnización a la minera Pacific Rim en El Salvador; expulsión de mineras de Tambogrande, Esquel, Loncopué, Andalgala, Chilecito, Tinogasta, Puno, Cocachaca, Quilish, Cañaris, Íntag, Santurbán, Careperro, Guarjila, San Isidro, Sipacapa, San José del Golfo, San Rafael de las Flores, Pascua Lama, Yanacocha, etc.; propuesta, aunque finalmente fracasase, del Yasuni-ITT en Ecuador que se extendió como ejemplo por muchos lugares; etc. (Acosta, 2012; Padilla, 2012; Cúneo y Gascó, 2013; Martínez Alier, 2013; Princen y col., 2013; Zibechi, 2017).
- 303 En Colombia, existen 12.000 acueductos comunitarios que suministran el 40% del agua a las zonas rurales y el 20% a las ciudades. En Brasil, hay 5.000 asentamientos del MST, que ocupan 25 millones de hectáreas, donde viven 2 millones de personas y funcionan 1.500 escuelas autogestionadas, además de cooperativas de producción y distribución (Zibechi, 2018).

tomaron el poder tras el periodo revolucionario se han convertido en enemigos para una parte de la población (otra los apoya en los planes desarrollistas), pues la explotación de los recursos naturales con sello autóctono son en general tan destructivas como las foráneas, aunque comporten mayores beneficios redistributivos para sus pueblos.

Luchas por el control de la energía

Como hemos visto, estas luchas están en el corazón de una parte importante de la geoestrategia mundial (Irak) y de los procesos emancipatorios (Bolivia, Venezuela), pero también abarcan multitud de conflictos locales por el control de los combustibles fósiles (Nigeria, Ecuador, Colombia, EEUU, Francia) y alrededor de la generación y distribución de electricidad, en muchos casos renovable (China, México, Chile, Argentina, España, Alemania³⁰⁴, Sudáfrica, Ghana, India, Corea del Sur, Tailandia, Indonesia, Irak). Las luchas también se focalizan en la biomasa, tanto en lo referente al control de la tierra agrícola (Brasil, Argentina), como de los bosques (Kenia, Brasil, Perú). Especialmente en estas últimas, las mujeres están en el corazón de las resistencias. Un elemento común de todas ellas es que están surgiendo distintas formas de gestión y propiedad, como cooperativas de usuarios/as o de trabajadores/as, y nacionalizaciones. Donde no se están produciendo enfrentamientos es alrededor de la socialización del conocimiento técnico imprescindible para la generación de energía, un control que sigue regulado por las patentes (Abramsky, 2009; Sweeney, 2014).

A esto se añaden las luchas laborales en el sector de la energía, como las producidas alrededor de los agroc carburantes (Brasil, Colombia, Indonesia, Malasia, Argentina, Paraguay), la eólica (Alemania) y el petróleo (Venezuela, Irak). En este paquete, también entrarían los sectores fuertemente dependientes de la energía barata (automovilístico, turístico). Estas luchas estaban centradas en las condiciones laborales y no en una visión amplia de la energía ni en su control y, en su inmensa mayoría, no contemplaban la crisis energética (Abramsky, 2009).

Debilidad de las respuestas antisistémicas

Como hemos apuntado, a pesar del notable repunte de la movilización social, esta no ha sido capaz de parar los mecanismos de apropiación por desposesión en marcha, ni siquiera en los espacios donde más fuerza ha conseguido. Como mucho, los ha ralentizado. Esto contrasta con lo acontecido en otros momentos de caos sistémico, como el situado alrededor de las dos Guerras Mundiales, cuando el movimiento obrero fue capaz de torcer el brazo de las clases poderosas en aspectos determinantes y de proyectar otros mundos posibles a amplias mayorías sociales³⁰⁵. Hay varios factores que explican esto.

Por una parte, se ha producido un reforzamiento de los mecanismos de coerción. El primero y fundamental en el capitalismo es la necesidad de un salario, que ha

304 En Alemania, volvieron a manos públicas más de 180 concesiones de redes de distribución de energía entre 2007 y 2012. A principios de la década de 2010, el 50% de los aerogeneradores y el 75% de las instalaciones solares eran de propiedad local (Sweeney, 2014).

305 Apartado 5.8.

umentado fruto de la extensión del mercado desde la década de 1970³⁰⁶. El segundo ha consistido en la extensión e intensificación del vínculo acreedor/a-deudor/a, lo que ha contribuido a desarticular y narcotizar la conflictividad social. El yugo de la deuda se suele vivir y sufrir en clave individual. Esta “sociedad de propietarios” (Bush *dixit*), basada en el sometimiento mediante la deuda, está formada por las “clases medias” y es la que disfrutó de un espejismo consumista mientras subían los precios inmobiliarios. La PAH ejemplifica las dificultades de su articulación, pero también la posibilidad.

Además del yugo de la deuda, también desmoviliza el argumento repetido hasta la saciedad de que para volver a recuperar el crecimiento, el elixir que acabará con el paro, es preciso acabar antes con el “Estado del Bienestar” y aguantar todos los recortes en silencio, para no enfadar a “los mercados”. En realidad, es el mito del progreso, eso sí, venido a menos. Esto genera una mayoría en las urnas, hasta ahora, que dota de una cierta legitimidad a todo el sistema.

Otra razón es que las víctimas han acabado desarrollando los valores de los verdugos. La conquista del alma se ha consumado. El acceso a la información había posibilitado históricamente entender cómo funcionaba el mundo, al menos en parte, para poder cambiarlo. Pero en el siglo XXI, la industrialización de la cultura, y sobre todo de la mentira, dificulta ver más allá de un entorno en el que parece que todo es capitalismo. Los mecanismos mediáticos a disposición del poder en la Gran Recesión no tienen parangón con los de otras grandes crisis del capitalismo. Como diría Rove (1950-), uno de los máximos diseñadores del pensamiento “neocon”, lo importante no es la realidad, sino su percepción, que está condicionada por el lenguaje: “nosotros creamos la realidad”³⁰⁷.

Una de las consecuencias fuertemente desmovilizadora de esta industria de la realidad y de la actuación del capitalismo es que las sociedades mundiales, sobre todo en los espacios centrales, están en gran medida desestructuradas, pues se han debilitado los lazos sociales. Además, las tensiones interétnicas se han recrudecido, en parte incentivadas desde el poder, sobre todo entre las mayorías “nacionales” y las minorías étnicas situadas en los escalones sociales más bajos.

En ese mismo sentido, se ha reforzado el “sálvese quien pueda”, al tiempo que se proyecta la inutilidad de la acción colectiva. De este modo, aunque el malestar social ha ido en ascenso, especialmente en las “clases medias-bajas”, la reacción ante esta situación se vive principalmente en clave individual. Una reacción en ocasiones desesperada, como refleja el incremento del número de suicidios en las distintas sociedades centrales y periféricas.

Pero el tejido social no está totalmente degradado y por eso no existe un estallido social de mayor magnitud. La razón fundamental es el papel todavía importante de la familia (y en especial de las mujeres dentro de ella), de ciertas redes sociales como colchón de resistencia ante la crisis y el sostenimiento de parte del Estado social. Las personas dirigen las atenciones que niegan a lo colectivo más macro, a su entorno más cercano, a los espacios más íntimos. Pero todo tiene

306 Apartado 6.5.

307 Apartado 6.10.

un límite, y el crecimiento de la exclusión empuja a que esos colchones sociales estén debilitándose.

A todo ello hay que sumar la nueva “gobernanza dura”, que busca la criminalización, represión y control del activismo sociopolítico, así como el endurecimiento de las penas y delitos en que pudiera incurrir con su movilización³⁰⁸.

La debilidad de las respuestas también se debe a errores en los movimientos sociales, y especialmente de la izquierda parlamentaria y sindical. Uno de los fallos sería la tibieza del discurso alrededor de la crisis ecológica y energética. Y lo mismo podríamos decir de la articulación de estas narrativas con las feministas. La cuestión no es solo de discursos, sino de prácticas, en las que el papel de las emociones se infravalora muchas veces, se ponen muchos esfuerzos en lógicas internas más que en transformaciones externas o se cae en importantes contradicciones entre lo que se dice y se hace. Sobre estos aspectos volveremos en el último capítulo del libro. Todos ellos pueden tener como raíz común la interiorización de la derrota que ha conllevado que los movimientos se replieguen sobre sí mismos en un gueto político que persigue mantener su identidad más que la transformación social³⁰⁹. Además, tal vez de manera más fundamental, los movimientos sociales han puesto en un lugar secundario la creación de alternativas que les puedan dotar de autonomía frente al capitalismo y, fruto de ello, la coacción laboral campa a sus anchas.

Sin embargo, la debilidad de las respuestas es solo cuestión de tiempo. Si no se lleva a cabo ninguna medida real que revierta este orden de cosas, y creemos que esto es lo que va a suceder, el malestar social acabará estallando. Otra cosa es en el sentido que lo haga.

308 Apartado 6.11.

309 Aunque esto se rompió en gran parte a raíz del movimiento indignado, sobre todo en su fase electoral.